

Entramos en una era de guerra constante y una paz etérea



Juan Battaleme*
Editor invitado

Si se realiza una búsqueda en los artículos relacionados con la actual invasión de Ucrania, se encontrará que una de las palabras que más se repite en dicha búsqueda es acerca del uso de vehículos aéreos no tripulados. En el libro “El futuro de la violencia” de Benjamin Wittes y Gabriella Blum (2015) se escrutan las condiciones actuales del conflicto moderno, apuntando a tres grandes vectores: robots (armas autónomas), hackers y gérmenes. Si hacemos memoria una de las preguntas más comunes durante la pandemia del COVID-19 fue acerca del lanzamiento deliberado del virus

en nuestro entorno, y si fuera así cuál hubiera sido la respuesta de los grandes poderes. Esta no es ni la única ni tampoco la publicación definitiva sobre las condiciones de las guerras actuales, se lo rescata debido a que señala la necesidad de considerar tres tendencias que nos sirven como punto de partida a la presente reflexión: La primera tendencia es aquella que llaman la distribución de las capacidades ofensivas. Esto supone la proliferación de tecnología lo suficientemente accesible -que no es lo mismo que barata- lo cual aumenta los vectores de ataque extendiendo capacidades ofensivas

* Profesional en el campo de la Ciencia Política y las Relaciones Internacionales, con un perfil definido por tres grandes áreas profesionales: seguridad internacional, defensa -específicamente en temas militares- y política exterior. A partir de su paso por Singularity University y la Jefatura de Gobierno de la Argentina se especializó en la dimensión nacional e internacional de las políticas digitales, el ciberespacio y su impacto en el ámbito de la seguridad. Forma parte de una extensa red de instituciones como el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), el International Institute for Strategic Studies (IISS) y de la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP), el Atlantic Council como parte de su programa de entrenamiento Digital Sherlocks, el Policy Center for the New South en sus Diálogos Atlánticos y la Chinese Association for Peace and Disarmament en su capítulo sobre el impacto de las transformaciones tecnológicas en el campo de batalla moderno. Su formación profesional se llevó a cabo mediante el programa de becas Fulbright en la Universidad de Delaware (US). Beca Chevening en la Universidad de Bradford (UK), National Defense University - Center for Hemispheric Defense Studies, Singularity University. Como profesor universitario tiene cargos como Titular, Asociado y Adjunto tanto en grado como en posgrado en instituciones públicas y privadas en la Universidad de Buenos Aires, UADE, UCEMA, Universidad Austral, la Escuela de Guerra Aérea, la Escuela de Guerra Naval. Es profesor invitado en el Middlebury College (US) y en la Universidad del Salvador (El Salvador).

de relativa sofisticación a actores estatales como no estatales e inclusive individuales. La tecnología actual es dual y esto es fuente de preocupación gubernamental.

El “superempoderamiento” que generan estas tecnologías es fuente de inestabilidad y de discusión acerca de la disuasión, su funcionalidad y futuro. Sabemos que una de las pocas constantes en la historia de la humanidad es que las causas para pelearnos siempre abundan, pero que la capacidad para hacerlo siempre fue menor, hasta ahora. Hoy tenemos un complejo punto de intersección causas en aumento -en especial en esta etapa en que vivimos- y la suficiente tecnología para hacer daño dando curso a la humana necesidad de satisfacción si se piensa o cree que nos encontramos frente a una injusticia, frustración o si en determinado momento se acepta que es mejor recurrir a la vía armada que no hacerlo.

La segunda es conocida como la “distribución de las vulnerabilidades”. Nuestra realidad es una de mayor inseguridad. No solo hay más vectores de ataque, además la “superficie” para realizarlos es mayor, aumentando las posibilidades de un ataque con éxito debido al crecimiento de aquello que tenemos que defender, hoy existe la posibilidad de atacar múltiples “infraestructuras críticas” cómo se las llama en la jerga de la defensa, pues bien, no hay infraestructura más crítica que nuestro cerebro y aquello que en él se produce, y hoy se encuentra bajo ataque como consecuencia de la llamada

infodemia, noticias falsas y acciones de desinformación. Hoy podemos hackear mentes de forma colectiva. Por si esto fuera poco miremos como el grado de conectividad que tiene una casa en la actualidad, se encontrarán múltiples vulnerabilidades derivadas, justamente de dicha conectividad y ni hablar de la cantidad de operaciones que realizamos en el ámbito digital lo cual nos hace susceptibles a todo tipo de amenazas en el mismo.

Cada cambio tecnológico si bien nos aumenta la capacidad de mitigar y cambiar cuestiones que eran nocivas, también nos permiten magnificar efectos negativos que se suceden una vez que las ponemos a operar en nuestro entorno social. Ejemplo de ello se encuentran en una de las maravillas que están revolucionando la cadena logística: la capacidad de realizar impresiones en 3-D por lo tanto poder acercar aquello que necesitamos a contar con el material y el plano adecuado para hacerlo, independientemente de la ubicación. Esto ha dado lugar a las aplicaciones derivadas del “hágalo usted mismo” permitiendo la creación de distintos tipos de armas livianas. Si no se tiene la capacidad de realizar un diseño complejo, bien se pueden conseguir en la llamada “darknet” o redes oscuras los planos necesarios para poder imprimir un arma única con las modificaciones específicas solicitadas por su comprador/creador. Las regulaciones de control de armas son útiles y bienvenidas, pero poco pueden hacer frente a esta evolución industrial, permitiendo el desarrollo de cierta “artesanía de la violencia”. Esto se

extiende también a los virus de diseño o a los problemas que se derivan de una sociedad cada vez más informatizada donde los datos y aquello que contienen son una fuente de riqueza, pero a la vez de vulnerabilidades muy amplia.

Finalmente se encuentra la distribución de la defensa, en tanto que la misma ya no es producto de las acciones específicas que realice un sector en especial. En realidad, es la resultante de la capacidad de articular entre el sector público, el sector privado y la sociedad civil los medios y los conocimientos para poder ensamblar no solo una defensa efectiva y activa frente a los desafíos que se presentan. Además, y en simultáneo poder lidiar con las responsabilidades que tiene el sector privado para proteger sus sistemas frente a acciones de terceros y del propio uso no ético que puedan hacer de los mismos con el fin de explotar de manera indebida las ventajas que tienen a su disposición.

Estas tres cuestiones se encuentran presentes actualmente cuando se analiza la guerra de Ucrania, que, aunque en plano político es pensada como un conflicto contenido en el ámbito específico de ese país, debe ser considerada global e híbrida al menos desde el 2014 cuando Rusia consiguió de forma exitosa tomar la península de Crimea, iniciándose una guerra civil, separatismo y la intervención encubierta de Rusia en dicho conflicto.

El ámbito digital se transformó durante

mucho tiempo en la primera línea de batalla. Desde el 2015 en adelante el comando cibernético del Ejército Norteamericano fue el encargo de brindar la capacidad de seguridad cibernética al país contratando empresas como Microsoft, Fortinet, Cisco System, y que una vez integrados al esfuerzo de guerra de ese país, fueron los primeros en percibir que la “tormenta” que sobre ese país se cernía se haría efectiva cuando los primeros movimientos de guerra de Rusia no se sucedieron en el campo físico de batalla sino el virtual. La defensa digital del país es una combinación de las FF.AA. norteamericanas, las capacidades cibernéticas de la OTAN en Estonia, la UE para proteger la infraestructura civil y el mundo privado como Elon Musk y su red de satélites Starlink. El mundo digital permitió que se ensamblara una defensa activa eficaz frente al ataque ruso.

La irrupción de esta guerra en Europa aceleró los tiempos de los líderes políticos de los grandes poderes en cuanto a sus preocupaciones futuras de seguridad. Al menos en lo inmediato perciben que la posición que detentan sus países se verá seriamente comprometida en los próximos años. En especial esto sucede con EE. UU. quien erigido en el defensor del orden internacional actual ha encontrado un límite a lo que su estructura económica puede soportar. Siendo la primera economía del mundo, su gasto de defensa ronda los U\$S 775 millones lo cual representa el 40% del planeta. Su competidor más cercano, China, se encuentra en el orden de los U\$S 330 millones. Sin embargo, por tamaño de la economía el

gigante asiático tiene un margen de crecimiento en su gasto militar, que EE. UU. no posee a menos que quiera comenzar a resentir su propia dinámica económica.

Graham Allison en su libro “Destined for War” (2016) presentó claramente el presente dilema una potencia que defiende el estatus quo y que relativamente mantiene una brecha que se acorta cada vez más debe enfrentar a una potencia en ascenso que está dispuesta a acortar la brecha militar usando todos los recursos que tenga disponibles. Lo cierto es que China tiene un margen para crecer sin generar mayores interrupciones en su economía mientras que EE. UU. de incrementar su gasto militar podría poner en riesgo a su economía. De ahí el llamado de alerta que surge de la NSS-22 de la actual administración Biden: los próximos 10 años de competencia sino-norteamericana van a determinar la segunda mitad del Siglo XXI. Este es el típico problema de brechas que se acortan, en este caso por el crecimiento de un actor como China. Ascenso vs. defensa de la posición de poder es una situación constante en la política internacional, la cual define un posible camino hacia el enfrentamiento. Un dato adicional es que tanto EE. UU. como China tienen un esquema de relacionamiento más agresivo y lo han dejado en claro en sus posicionamientos públicos. Como señala Mariano Turzi en una reciente editorial del diario Clarín, estamos presenciando el fin de la doctrina del ascenso pacífico y armonioso de China.

En este sentido los tiempos comienzan a acortarse al igual que las expectativas sobre la paz futura. En una entrevista reciente con relación a la crisis en el estrecho de Taiwán de 2022, el ex jefe de la Armada taiwanesa, Almirante (R) Lee-Hsi Min señaló que esperan un choque con China finalizando la década del 20, o a partir del 2027. Autores de EE. UU. tienen una mirada un poco más optimista desde el espacio de tiempo que tienen, sitúan dicha posibilidad a partir de mediados de la década del 30, posiblemente en el 2034, título del libro del Almirante (R) Stavridis o a partir del 2035 como lo señala la obra de August Cole y P.W. Singer, *Ghost Fleet* (2015). Otros, sin embargo, son aún más pesimistas como el jefe de la Armada Norteamericana Almirante Mike Gilday señala que bien podría suceder tan tempranamente como el 2024.

En los círculos de poder de Washington la pregunta más realizada a los especialistas es acerca de la capacidad que tienen las FF.AA. de ese país para enfrentar la amenaza multi-nivel que supone China. Si hay guerra se preguntan cuándo, si es factible ganarla y a qué costo.

Las estimaciones preliminares sobre la capacidad de combate de ese país no son muy favorables. El reciente informe de la Heritage Foundation conocido como *Index of Military Strength* (2022) acerca de la capacidad de combate de EE. UU. es lapidario, aunque vale la pena reconocer cierto dejo de exageración en su análisis, para dicho think tank China tiene una fuerza militar más mo-

derna y los programas de reemplazo norteamericanos no están generando el efecto deseado además de que el material existente está cercano al límite de su vida operativa.

La guerra de Ucrania ha puesto de relevancia que esta etapa de interdependencia no será una pacífica, por el contrario, tal como lo señalan Abraham Newman y Andrew Farrell en su artículo *Weaponized Interdependence: How global economic networks shape state coercion* (2019). La interdependencia ha avanzado tan rápidamente desde que se elaboraron las primeras reflexiones acerca de ella, que hoy ha transformado a todo aquello que rodea nuestra interacción internacional en un arma. Ya sea mediante el efecto de panóptico o punto de estrangulamiento, que son las formas sobre las cuales los estados con capacidades (aquellos considerados nodos o agentes de globalización) utilizan su poder en las redes y sobre las redes para imponer sanciones efectivas sobre sus antiguos socios comerciales, como lo demuestran el rango de sanciones impuestas a Moscú y viceversa. La guerra económica no es algo nuevo en la dinámica de la política internacional, pero sí lo es el grado de velocidad y la amplitud de temas sobre los que se puede sancionar a un país que está abocado a generar desafíos o interrupciones mayores en el campo de la política internacional. Guerra de la energía, de los alimentos, guerra de los microchips, etc. La Guerra es la resultante de la interdependencia. En ese entorno, la paz se vuelve un concepto etéreo.

Frente a los problemas operacionales que Rusia enfrentó al momento de iniciada la invasión, el mundo comenzó nuevamente a vivir bajo la sombra de la amenaza nuclear. Esto no es nuevo en tanto que tan solo quedan en pie dos regímenes internacionales en esta materia, El tratado de no proliferación nuclear y el régimen de control de tecnología misilística. El resto de los acuerdos logrados a lo largo de la guerra fría o a finales de la misma como el tratado de misiles antibalísticos, El acuerdo de misiles de alcance intermedio y en el plano convencional la finalización del tratado de fuerzas convencionales en Europa, evidenciaron aquello que estaba sucediendo en el plano militar: el despliegue creciente de escudos antimisiles, la modernización de los arsenales nucleares y la proliferación de una serie de armas de rango intermedio en el campo nuclear en actores que estaban por fuera de la previsiones de los tratados, era una realidad producto del agotamiento del optimismo generado por los dividendos de la paz.

Las constantes amenazas de empleo de armas que los rusos denominan no estratégicas como respuesta a los problemas en el campo de batalla, ha obligado a actualizar la discusión sobre el empleo de armas nucleares, la militarización del espacio exterior y las consecuencias de una guerra nuclear limitada. Volvemos a poner en valor a la guerra nuclear y sus distintas acepciones a lo cual se suman los indicadores potenciales del uso o producción de otras armas de destrucción masivas como pueden ser las biológicas o las químicas, que estuvieron en el

centro de la discusión internacional en los inicios del conflicto. A todo ese entorno se nos agrega una situación adicional que había estado presente en la época de la guerra contra el terrorismo, pero que ahora cobro súbita relevancia, como por ejemplo el empleo de un bomba sucia o radiológica a los efectos de contaminar. En todo caso si algo de esto ocurre, nos vamos a encontrar en una situación donde no tenemos “cartografía” política para responder, dejándonos literalmente a la deriva y con una incertidumbre mayor de la que existe actualmente. Las armas atómicas no serán lo más moderno del arsenal mundial, pero si continúan constituyendo la columna vertebral de la defensa de todos ellos y la razón objetiva de búsqueda para quienes aún no poseen dicha capacidad.

Si bien no podemos hablar de una guerra mundial, aunque existe la asistencia militar constante y consistente con las realidades del operacionales del campo de batalla por parte de la OTAN y aun cuando Rusia da cuenta de este involucramiento, la guerra en Europa del Este sigue el mismo patrón que se registra desde la guerra de Yugoslavia: la aparición de diásporas que regresan al país para pelear como soldados o para asistir al esfuerzo de guerra, brigadas de voluntarios de distintas nacionalidades que revisten en las filas de los combatientes y que pelean por una bandera ajena tal vez por incentivos de todo tipo, desde pecuniarios hasta identitarios o civilizacionales y por qué no ideológicos. Ucrania tiene la característica de ser una guerra donde los combatientes son

parte de la dinámica de transnacionalización que se vio en el Medio Oriente, África, y Asia. Ejércitos regulares, contratistas militares, voluntarios movilizados, nos dan cuenta de las complejidades políticas que presenta el campo de batalla actual.

La paz es el resultado de los acuerdos políticos que se logren y su duración depende del grado de estabilidad que dichos acuerdos puedan alcanzar. Hoy la paz es etérea, difusa y la guerra es una realidad que para unos pocos millones se siente directamente, mientras que para unos cuantos billones sus efectos son sentidos indirectamente como consecuencias. Cuidado de los liderazgos políticos que utilicen estas consecuencias indirectas para justificar sus propias miserias, incapacidades u acciones internas y externas agresivas en función de un entorno internacional menos amigable estratégicamente. Mientras la guerra es parte de nuestras vidas, y sus efectos una constante temporal en nuestras realidades, la idea de paz se visualiza precaria para los próximos años, los costos reales y una sombra se cierne sobre las sociedades como consecuencia de eventos puestos en movimiento que parecen poco probables que puedan ser alterados. En palabras del Presidente de Francia Emmanuel Macron en su discurso sobre del 24 de agosto de 2022, “estamos presenciando el fin de la abundancia y el fin de la verdad” ambos fueron ejes de relacionamiento para nuestras sociedades. Un mundo de escasez material y posverdad posiblemente definan las narrativas de los conflictos que están por venir y las tragedias

humanas que serán descritas por los libros
de historia en el Siglo XXII.

Mg. Juan Battaleme

Universidad del CEMA

Universidad de Buenos Aires